

populares que dejaran el templo seguros de ser seguidos é imitados por los revolucionarios. Dejaronlo, en efecto, despues de haber cerrado todas las puertas, menos una humilde, á través de la cual así podian salir del templo los amotinados de dentro como entrar en el templo los amotinados de fuera.

Y entraron. Las nubes tormentosas del firmamento, los volcanes eruptivos del suelo, las terribles oscilaciones del terremoto, los diluvios del aire quizás no hubieran maltratado al edificio como lo maltrató y cuasi deshizo la cólera revolucionaria. Un grito de terror, como si todas las águilas del viento se hubieran reunido en legion, se oyó por aquellos espacios consagrados á las plegarias y á las oraciones. Diríase que los herejes perseguidos por las potestades eclesiásticas y los relapsos devorados por las llamas inquisitoriales recogian á los cuatro vientos sus cenizas, y levantándose airados y feroces, como almas en pena venidas á la tierra en cruento sábado de sortilegios mágicos y de orgías cruentísimas, tomaban de sus dolores desquites y ofrecian á sus propios implacables manes una horrible venganza. Feroz partida se asió á la Virgen de la procesion última; y derribándola de sus aras, y tendiéndola por tierra, le arrancó sus vestiduras para repartírselas, y le clavó en el sitio destinado al corazon un puñal como si estuviera viva. Desde aquel momento fué todo confusion. Las muchedumbres, con la fácil agilidad del mono y con la terrible ferocidad del tigre, lanzáronse á una sobre altares y sepulcros; los cuadros cayeron desgarrados en fragmentos varios sobre las losas frias; los muertos saltaron descompuestos en mondados huesos y en rotos esqueletos desde las sacras sepulturas; los cálices se trocaron á una en orgiásticas copas de burdel y las hostias consagradas por la religiosa veneracion de los fieles cayeron bajo las suelas y los clavos rudos de los profanadores zapatos; rodaron desde las altas cumbres deshechos en pedazos los ángeles que parecian cercanos al cielo y los santos que investigaban la verdad absoluta en sus libros eternos; las lámparas de oro y plata se apagaron al soplo de la ira, como se apagarán las estrellas del firmamento en la noche del último Juicio; los vidrios de colores vinieron al suelo como preciosas pedrerías desengarzadas de su engaste ó como flores y mariposas sorprendidas por el cierzo; arruinóse con estrépito el santuario; y los mantos y las

casullas usados de antiguo en ceremonias tan piadosas y en ritos tan religiosos, encubrieron como las mantas de una mancebía las mayores torpezas; cual si Dios hubiera dado permiso á todos los diablos del infierno para que saliendo en compañía de las brujas y de los endriagos al mundo natural y sensible desde sus antros eternos desacataran con vociferaciones su nombre y destruyeran con estrépito sus templos.

Dos días duraron aquellas tremendas fiestas de un carnaval incomprendible. Sus furores no se recluyeron solo en la catedral magnífica, desbordaron por todas partes. Treinta iglesias cayeron destrozadas en aquella noche de horrores. Los manuscritos mas preciosos desaparecieron; las joyas mas ricas se calcinaron en las llamas del incendio. Las monjas tuvieron que dejar sus celdas sorprendidas por aquella revolucion increíble. Seria fatigoso decir cuánto y cómo corrió la epidemia de horrores. Solo en la provincia llamada con el nombre de Flandes, rodaron por el suelo cuatrocientos templos destrozados. En Malinas bastó una escasa minoría para no dejar ninguna imagen religiosa en su puesto ante los magistrados absortos y las gentes militares extáticas y paralizadas. El veintidos de agosto aparecieron las iglesias de Tournay cubiertas de numerosos destrozos. En las grandes abadías los mas violentos destrozaban con sus propias manos las efigies, mientras los mas moderados decian en voz alta y en coro los salmos. En Valenciennes hubo un degüello de santos. El estupor era tal, que á veces, diez mil espectadores veian á cuatro temerarios cebarse á su sabor en las iglesias sin ninguna conmocion y sin ninguna extrañeza. El pueblo protestante creia como todos los pueblos en sublevacion que bastaba derribar un símbolo para extinguir una idea. No creia bastante arruinado el catolicismo en los espíritus si no tocaba su ruina material en los espacios. De aquí aquel furor horrible grabado en la historia con el nombre gráfico de guerra de los iconoclastas.

A tan tremendo movimiento no habia mas remedio que resistir ó ceder. Los litigios de las provincias unidas con los poderes públicos habian tomado todo los caracteres de una revolucion formidable, la mas radical y la mas democrática y la mas republicana sucedida en Europa despues del grandioso movimiento suizo contra el despótico régimen austriaco. Aquella suprema fase social tenia todos los caracteres y pasaba por todos los períodos y todos

los términos de las profundas revoluciones históricas. Inicióse primero allá en las cumbres inaccesibles de las ideas puras; descendió luego á extenderse por conciencias mas oscuras, engrosándose como el manantial de la montaña se trueca en rio al espaciarse por los valles; sostúvose dentro del derecho y de la legalidad mientras las leyes no se convirtieron á una en cadenas pesadas é insoportables; y luego estalló en las violencias de todos los grandes sacudimientos políticos hasta llegar, como por una ley fatal, á los mas desordenados excesos y á las mas inverosímiles é increíbles exageraciones. Cuando Felipe supo cómo los motines de Flandes tomaban aspecto de guerra, congregándose hasta sesenta mil personas en los campos de las oraciones calvinistas y moviéndose huracanes tan formidables como los desórdenes iconoclastas, arrancóse los pelos de las barbas á impulsos de ciega rabia y juró morir antes de tolerar una transaccion cualquiera con las rebeliones y con los errores.

Pero la transaccion ya estaba concluida en su nombre. Margarita, mal de su grado, tuvo que concederla en las angustias de los graves desórdenes, para no perder por completo el reino y la corona de su hermano. Su ánimo educado en las ideas jesuíticas no llegó á este horroroso extremo de tolerancia sin pedir antes perdon á Dios y ofrecer en su presencia revocarlo y punirlo cuando se viese con facultades y poder para ello. Así decia cómo antes de firmar tales cosas hubiera querido comerse todo entero y á bocados el propio corazon. Para esquivarlas y rehuirlas de alguna manera decidióse á fugarse de Bruselas y acogerse á Mons ú otra ciudad fuerte, donde pudiera proceder mas á su conciencia y á su arbitrio. Pero enterados los señores flamencos de tal propósito, impidiéronlo con todo empeño y á toda costa. Llegados al palacio, vieron reunidos los criados, en armas la guardia, las mulas y carrozas aparejadas, la servidumbre toda dispuesta, la Duquesa vestida de viaje, con ánimo de huir así tanto al furor de los desórdenes como á la humillacion de las transacciones. Pero el horror de los señores á una resolucion extrema de tal género, que debia debilitar la resistencia del gobierno á los iconoclastas y atraer las cóleras de Felipe sobre sus cabezas, disuadieron á Margarita, mas por fuerza que por verdadera persuasion, de su loco y temerario empeño. Los revolucionarios exagerados, que ya se acercaban á las puertas de Bruse-

las, tuvieron que ausentarse; y los edificios sacros de la capital se preservaron así de los desórdenes que habian arrasado tantos otros en Flandes y en Holanda.

El infeliz señor de Horn, destinado á tan terrible suerte por su mal en las incidencias trágicas de aquella revolucion radicalísima, se presentó como fiador á Margarita, para garantizarle y asegurarle con todo empeño que ni el mas leve soplo de la revolucion desencadenada en tormentosos huracanes tocara los cabellos de su imperial cabeza. Y purgó con tristísimos dolores aquella increíble fianza, pues en cuanto el menor peligro amenazaba de algun modo á la Duquesa, y el menor sacudimiento se percibia en el suelo de Bruselas, dábale con su fianza en rostro la regente, y le demandaba y exigia seguridades hasta para la propia salud imposibles de recabar á la misma Providencia. La infeliz Princesa no descansaba un minuto, entre los terrores, que de un lado le infundia la revolucion de su pueblo, y los terrores, que, de otro lado, le infundia la cólera de su rey. Si resistia, pudieran llegar las cosas de Flandes hasta el extremo de perderse para su casa y para los suyos aquella espléndida corona; y si, al revés, cedia, estaba muy en peligro de caer en la herejía y sacrificar la eterna salud del alma en aras de las frágiles ambiciones del mundo. Y sin embargo, no habia mas remedio que resistir ó ceder, tocando en uno cualquiera de los dos peligrosísimos extremos, que servian como de polo á situacion tan grave y procelosa. Cedió; y á virtud de tal cesion tuvo que suspender el Santo Tribunal de la Fe y que consentir una relativa libertad religiosa. En cuanto Felipe supo lo acaecido en Flandes desplegó esa doblez característica de su complexion y arbitró esas largas naturales á su incertidumbre. Reunió el Consejo mas principal de su Corona, en cuyos sitaliales se asentaban tan solo dos flamencos, y expuso los problemas pendientes como si quisiese oscurecerlos y embrollarlos mas que revestirlos de la claridad indispensable á tan supremos instantes. Convencido en su interior de que una suprema necesidad habia producido las concesiones increíbles de la Duquesa, firmólas, apartando su voluntad y su conciencia de la mano que las firmaba, como si ésta fuese tan solo una humilde máquina. Y no contento con esta interior abstencion trajo á su lado el notario mayor de los reinos y firmó una revocacion en secreto de las mismas concesiones hechas en público,

pues prefería perder sus Estados en las cuatro partes del mundo y su nombre ante los juicios históricos á renegar del nombre y deservir la gloria del Eterno. Para él aquella palabra de libertad de conciencia resultaba una de las mas infernales rebeliones que se podían ver sobre la tierra, pues la conciencia debía estar en la Iglesia como la piedra en su base. Así expidió un correo á Roma para decir al Pontífice que cuantas concesiones respecto á la Inquisición hiciese como soberano, las tomase él como Papa bajo el aspecto de maniobras y estrategias varias conducentes tan solo á ganar fuerzas y tiempo en pro de una resolución suprema en armonía con sus antecedentes y con sus creencias. Era verdad que se veía obligado á suspender la Inquisición pontificia; pero también verdad que los obispos guardaban aun tribunales de la fe, al modo romano compuestos, para perseguir como les pluguiese á los herejes y extirpar de raíz las herejías. En cuanto á la libertad de conciencia, creíala tan fugaz y transitoria como la retirada que se finge al embestir una plaza fuerte ó librar á fondo un sangriento combate. Así es que, dadas todas aquellas concesiones con verdadero dolor y convenidos todos aquellos pactos con verdadera repugnancia, caía de hinojos ante los altares donde se hallaba el Santo Crucifijo, y plegando las manos con religioso fervor, pedíale por la Pasión sacrosanta que lo abatiera en el sepulcro á un soplo de sus labios antes de permitirle reinar sobre aquellos que ni le reconocían ni le acataban. Nunca se vió tan manifiesta la terrible lucha entre una idea y una fuerza. Jamás se vió tan patente la impotencia del poder supremo para llegar á los senos recónditos del alma y apoderarse del interior de la conciencia. Unas muchedumbres sin mas fuerza que su fe y sin mas motor que su idea desafiaban al mayor imperante de la tierra cuyos dominios por las cuatro partes del globo se dilataban y cuyo nombre y poder deslumbraban á todos como los rayos del sol en la majestad de su zenit.

La revolución de los Países Bajos pasaba por todas las alternativas de tales crisis turbulentas, idénticas en su fondo á las revoluciones pasadas, como las enfermedades varias á que se hallan sujetos los diversos organismos. Las exageraciones y las violencias de los iconoclastas mas bien habían servido al gobierno que á la revolución. Tal escándalo y desorden despejaban los ánimos sesudos del movimiento universal. Merced á este despego pudo la

regente revocar alguna de las concesiones ya hechas, y sostener alguno de sus violentos medios de gobierno. En tal angustiosa y suprema situación, miles de perplejidades y una incertidumbre natural debían reinar sobre los espíritus mas claros y sobre los ánimos mas fuertes. Ninguna inteligencia de tan grande altura y ningún ánimo de tan heróico valor como la inteligencia y el ánimo de Orange allá en Holanda por este proceloso tiempo. Pero, á su vez, ninguna situación política tan difícil como su situación especialísima. Noble por su sangre, cuasi monarca por su nacimiento; con Estados y dominios múltiples y varios en su patria; con deberes muy excepcionales así respecto al Rey, que había recibido de la tradición, como respecto al pueblo, de que formaba parte, no podía tener una situación clara, como aquellos que no luchaban de suyo con estas contrarias é incompatibles obligaciones dimanadas de propias y heredadas grandezas. El príncipe de Orange, por cuyo entendimiento se habían abierto paso las nuevas ideas revolucionarias, no podía quedarse adscrito á la religión ortodoxa, cual tantas otras inteligencias de mayor inercia; ni podía separarse con resoluciones prontas como tantos otros menos ligados por su nombre y por su estirpe á la tradición y á la historia. Hijo de Holanda, y en Holanda verdadero señor, debía guardar hondos entusiasmos por su patria; noble, y como noble ligado al principio monárquico, debía mirarse mucho antes de romper con su omnipotente autoridad. Por consecuencia la situación de tan alto personaje resultaba incierta por sus contradictorios deberes y dramática por su misma contradicción.

Los excesos de la secta iconoclasta, las divisiones entre luteranos y calvinistas, la rebelión declarada en algunos puntos, los combates sangrientos aconsejábanle cierta reserva respecto á la revolución y á los revolucionarios; mientras la intolerancia del Rey, la malquerencia de la regente, los odios desapoderados de Granvela, el furor de los inquisidores, aconsejábanle una invencible desconfianza respecto á la monarquía y á la corte. De aquí el disimulo y el silencio, cualidades que adquirió en lo difícil de su extraña situación y en la necesidad imprescindible de combatir á Felipe II con sus propias armas y contrastar su política de arterías y engaños con otra política semejante y análoga. En los embarazos propios de su dificultosa posición Orange